

DOCTRINA APLICADA A LA VIDA COTIDIANA

Hno. Dr. Alexandre José Rocha de Hollanda Cavalcanti

IX Congreso internacional de educadores católicos (ONDEC-CEP).

Es para mí un honor compartir con este distinguido grupo de educadores católicos un tema fundamental para nuestra vocación de formadores del futuro: la aplicación concreta de la doctrina a la vida cotidiana. En el corazón de nuestra vocación está la tarea de transmitir la Doctrina de la Iglesia a nuestros estudiantes y ayudarles a aplicarla en su vida diaria.

Circula entre los pueblos árabes un refrán muy verdadero, que ya es conocido en todo el mundo: «*Las palabras conmueven, los ejemplos arrastran*».

Esta realidad tan presente en nuestra vida está plasmada de modo muy claro en las Sagradas Escrituras. Efectivamente, dice san Pablo: «La letra mata, el espíritu vivifica»... Jesús concluye el Sermón de la Montaña con una afirmación fuerte, referida a la persona que escucha la palabra de Dios y no la pone en práctica:

«Será semejante al hombre necio que construyó su casa sobre la arena; cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y dieron sobre la casa, que se derrumbó y su ruina fue completa» (Mt 7,26-27).

También cuando un Doctor de la Ley le desafía a resumir los mandamientos de la *Torah*, Jesús puntualiza:

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas» (Mt 22,37-40).

San Agustín enseña que existe una relación dialéctica entre la cognición y el amor: «Solo se ama lo que se conoce» (*La Trinidad* 8,6; 10,1-2). Uniendo la afirmación bíblica al principio agustiniano, podríamos decir que lo primero es conocer y amar a la doctrina y a Dios, su autor, este es el primero y grande mandamiento; pero el segundo es semejante: poner en práctica y vivir concretamente esta doctrina, amando al prójimo como a sí mismo. Éstos son los dos principios de los cuales depende toda la ley y los profetas.

Este principio, aplicado a la educación católica, pone en evidencia la necesidad vital de la formación integral de los alumnos, que no puede restringirse al modelo biopsicosocial, que considera únicamente las variables biológicas, psicológicas y sociales (Ramos, 2015), sino que necesita ser

superada, como propone Daniel Sulmasy. Este autor explica que delante de la finitud física de los seres humanos, los profesionales de salud actuales son acusados de no haber abordado las necesidades de las personas humanas en su totalidad, limitándose a la finitud corporal. Sulmasy propone un modelo más integral de investigación que tenga en cuenta la comprensión más completa posible de la totalidad del ser humano, lo que él denomina el modelo biopsicosocial-espiritual (Sulmasy, 2002).

Si este principio es válido para el fin de la vida, con mayor razón debe ser aplicado a la formación de la vida desde el inicio. Esta formación no se restringe a las instrucciones básicas de cultura y ciencias, sino que debe proporcionar los criterios del actuar humano, que se fundamenta en la ética moral, que debe estar cimentada en los datos revelados.

1. La Doctrina Católica como guía para la vida cotidiana

La doctrina milenar de la Iglesia está fundamentada en el mandato de Cristo que instituye el magisterio petrino (Mt 16,18) y, unido a él, el magisterio eclesial (Mc 16,17). A este magisterio fue confiada la misión de guiar al rebaño de Cristo, representándolo con su autoridad: «Quien a vosotros escucha, a mí me escucha» (Lc 10,16). Él es servidor y conservador de la palabra de Dios, debiendo custodiarlo y explicarlo fielmente, sacando de este único depósito todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído (DV 10). Es él quien proporciona el marco seguro para la enseñanza y la aplicación de la Doctrina en la vida cotidiana (CEC, 85).

En nuestra labor educativa es fundamental comprender la interacción entre la Revelación Divina y la Tradición de la Iglesia. Esta sinergia nos brinda una sólida base para la formación de nuestros estudiantes en la fe (Cf. DV 2).

Este tesoro invaluable del Depósito de la fe, debidamente interpretado con la guía del Espíritu Santo, proporciona los caminos rectos y los fundamentos sólidos para vivir las enseñanzas divinas de Jesucristo, Dios y hombre, en la realidad de nuestra vida diaria.

La división de los Diez Mandamientos en dos tablas evidencia el equilibrio perfecto que debe haber entre el amor a Dios y el amor al prójimo, reflejado en la vida cotidiana: la primera tabla contiene los cuatro Mandamientos de amor a Dios y la segunda indica el modo de vivir este amor en nuestra relación con los semejantes, determinando el respeto a la autoridad, el valor inviolable de la vida y de la dignidad humana, el valor de la sexualidad que debe estar ordenada en el matrimonio unitario e indisoluble, la propiedad individual, el derecho al honor y a la solidaridad entre los hombres.

La vida cotidiana presenta desafíos morales y éticos que necesitan ser enfrentados por nuestros alumnos con los principios que fundamenten su respuesta en la solidez de la Doctrina Católica.

2. Enseñanza a tiempo y a destiempo

Delante de la evidente necesidad del conocimiento y puesta en práctica de la doctrina, se pregunta: ¿En qué momento de la vida se debe iniciar la formación doctrinaria católica?

El Catecismo de la Iglesia Católica (n. 2226) afirma que «la educación en la fe por los padres debe comenzar desde la más tierna infancia». Este principio debe aplicarse a la escuela, puesto que ésta es la primera y principal aliada de la familia en la formación de los niños, desempeñando un papel importante en esta transmisión de la fe, complementando y reforzando la labor de los padres. Es importante señalar aquí la expresión del Catecismo: «desde la más tierna infancia».

A veces podemos pensar que es necesario esperar hasta la edad de la razón para iniciar la formación en la fe, retrasando para los 8 o 9 años las primeras enseñanzas en la catequesis preparatoria para la Primera Comunión. Este retraso contradeciría aquello que viene largamente probado por las neurociencias acerca de las edades en las que se debe educar al niño.

El cerebro tiene períodos valiosos y momentos irrepetibles para su desarrollo, siendo la etapa de la primera infancia — que va desde el período embrionario hasta los 6 años de edad (Unicef, 2013) — la más vital para el desarrollo de la persona en todas sus dimensiones biológicas, cognitivas y sociales. (Merchan, Duarte, 2019).

Estos «períodos críticos» del cerebro son ventanas en las que el órgano cognitivo está apto para adquirir una nueva habilidad. Dejar pasar esta ocasión puede ocasionar que la persona nunca la aprenda, como, por ejemplo, el lenguaje. Existen también los períodos sensibles, que son ventanas más amplias en los que la persona aún puede adquirir la habilidad, pero conforme pasa el tiempo, ésta se hace más difícil, ya que el cerebro podría ser más reacio a acomodarse a esa nueva experiencia (Pinto, 2008). Por ello, debe aprovecharse este período crítico de la «más tierna infancia», como enseña el Catecismo, para empezar a formar a los niños en la fe, sin perjuicio de que los siguientes años se seguirá con la instrucción en doctrina y demás aspectos de la fe, que acompañarán las siguientes etapas evolutivas de la niñez, adolescencia y adultez.

Esta enseñanza, sin embargo, no puede separarse del ejemplo vivo. La psicología señala que la mayor parte de la conducta se adquiere de manera vicaria, es decir, a través de un modelo que se imita (Bandura, 1977). Este mismo autor señala que es precisamente el desarrollo moral de los niños y su interiorización de reglas y prácticas de este ámbito, que se dan principalmente por este tipo de aprendizaje también llamado «por observación» (Bandura, 1986). Este aprendizaje moral, que se da desde edades tempranas en el niño, será la guía que sustentará su conducta ética

por sobre los naturales mecanismos defensivos del ser humano, o también llamados de desconexión moral, que usa la persona para justificar su actuar incorrecto o contrario a los principios morales que la rigen (Bandura, 2002).

En consecuencia de todo esto, para que la educación cristiana cumpla su finalidad de formar a los hombres en la fe, fortaleciendo los principios racionales que la sustentan, debe acompañar esta formación con el ejemplo vivo del profesor, o profesora, los cuales deben ser ese modelo de buen cristiano, a ser seguido por los alumnos.

3. Integración curricular

Como educadores católicos, tenemos la responsabilidad de integrar la Doctrina de la Iglesia en todas las áreas del currículo. No se trata de enseñar la fe únicamente en una clase de religión, sino de infundir los valores y principios católicos en todas las materias. Por ejemplo, en ciencias, podemos evidenciar en la perfección de la creación, la grandeza infinita del Creador, la grandeza y la responsabilidad de la persona humana. En la historia, podemos resaltar la importancia del pensamiento cristiano que cambió la realidad histórica, superando los criterios de esclavitud y cosificación del ser humano, la valorización de la mujer y el respeto por la vida, que no existían en los pueblos paganos. En matemáticas, podemos enseñar la importancia de la honestidad y la responsabilidad en el manejo de datos y cálculos.

Al integrar la Doctrina Católica en el currículo, estamos formando los cimientos de la sociedad de mañana, que será constituida por los que actualmente son nuestros alumnos. ¡Es una gran misión, cuya responsabilidad y consecuencias perdurarán por siglos!

Asimismo, de manera similar al Diseño Curricular Nacional (DCN), que rige a la educación básica regular en nuestro país, y menciona nueve características que todo estudiante debería poseer al concluir sus estudios, deberíamos trazar con claridad, aquellas características personales que deseamos que un alumno de nuestro colegio católico poseyera al término de su educación. Estas características, además de las ya mencionadas en el DCN, indefectiblemente deben incluir sólidos valores católicos que rijan la vida de los educandos a lo largo de las siguientes etapas de la juventud y adultez que le tocará vivir, luego de dejar la educación secundaria.

4. La importancia del testimonio personal

Es el momento de señalar un punto esencial en nuestra exposición: la necesidad absoluta del testimonio personal del educador católico, reflejando en su vida y en sus actitudes, su respeto y su fidelidad a los valores que enseña. Esta coherencia, o incoherencia, hablará mucho más claro y más profundamente que nuestras palabras.

En realidad, la misión principal de la escuela católica es esta formación en la fe y la transmisión de la doctrina cristiana a sus alumnos, conduciéndolos a actuar en su vida cotidiana en total fidelidad a estas enseñanzas. Para esto es fundamental formar una comunidad que viva efectivamente esta fe. ¿Cómo se hace esto? A través de actos concretos, como la práctica de la oración y el ejercicio de mantener siempre abierta la relación entre lo material y lo sobrenatural. Es, por lo tanto, función principal de un centro educativo católico formar un ambiente en el cual los estudiantes puedan vivir con alegría su fe de manera verdadera y profunda.

En este espacio de fe los alumnos podrán compartir las creencias y experiencias espirituales, fortaleciendo sus lazos y construyendo relaciones positivas entre ellos.

En el proceso educativo, 30% de lo aprendido por los alumnos proviene de las enseñanzas de los maestros, mientras que la mayor parte, el restante 70% está compuesto por lo compartido entre los que forman la sociedad estudiantil. Siendo así, no podemos obviar, de ningún modo, la formación del ambiente escolar y del juego de influencias que se da en él.

Para alcanzar este objetivo es necesario promover también cursos de profundización en la fe, eventos litúrgicos, capacitaciones, retiros espirituales y otras iniciativas de formación especialmente dedicados a los profesores y asistentes, puesto que éstos son los que estarán en contacto directo con los estudiantes. Debemos fomentar la participación en la liturgia, en la oración comunitaria, antes y después de cada actividad, celebración de los sacramentos y de sacramentales, promoviendo los valores cristianos en la vida diaria.

Cabe aquí recordar que el Catecismo de la Iglesia Católica (n. 2558) enseña que la oración es el pilar sobre el cual se construye la relación personal con Dios. Por este motivo, fomentar una vida de oración en nuestros estudiantes les permitirá experimentar la presencia amorosa de Dios en su ser.

El mundo actual exige, cada vez más, que los profesionales de las distintas carreras sean exitosos en el ámbito donde se desarrollan. En ese sentido, Howard Gardner, el psicólogo autor de las Inteligencias múltiples, afirma que un profesional exitoso debe ser antes una buena persona. En ese orden de ideas, es innegable el rol de la educación en la fe precisamente para formar seres humanos íntegros, que busquen servir a su prójimo desde el campo profesional que les ha tocado desempeñar e incluso lo hagan de manera exitosa.

5. La necesaria continuidad

La vida humana es dinámica, no es estática. Podemos compararla con una escalera eléctrica que baja, mientras la persona intenta subir. Es necesario un constante esfuerzo para seguir progresando. Parar, ya significa un retroceso.

Muchas veces pensamos que, como profesores, ya tenemos conocimientos necesarios y muy superiores a los niños que están a nuestro cuidado. Este es el gran error que causa el estancamiento del profesional de la educación. Si en todas las áreas de las ciencias es necesario investigar, conocer y profundizar; este principio, con mucho mayor razón, necesita ser aplicado a la enseñanza religiosa.

La formación continua nos permitirá transmitir con mayor claridad y precisión las enseñanzas de la Iglesia. Nos dará seguridad para responder a las interrogantes suscitadas en los corazones de nuestros alumnos y a los desafíos que ellos puedan plantearnos. La lectura de los documentos del Magisterio, la participación en cursos y congresos de formación para educadores católicos como este que estamos viviendo, son formas efectivas de enriquecer nuestra formación y fortalecer nuestra capacidad de aplicar la Doctrina Católica en nuestra vida cotidiana y en la de nuestros alumnos.

En la Encíclica *Fides et ratio*, el Papa Juan Pablo II puntualiza que, ante los desafíos contemporáneos, es crucial abordar la formación de nuestros estudiantes desde una perspectiva que integre la fe y la razón, permitiendo que la Doctrina ilumine cada aspecto de sus vidas (*Fides et ratio*, 43).

Conclusión

Estimados educadores católicos, este regalo de valor incalculable que Cristo confió a la Iglesia Católica es colocado en nuestras manos para que lo transmitamos íntegro y vivo a las nuevas generaciones. Al integrar esta doctrina en nuestras enseñanzas y vivirlas en nuestro cotidiano, seremos los testigos vivos de la realidad de la fe. Esto es lo que nos pide la Iglesia, de modo especial en la Encíclica *Christifidelis laici* (n. 7):

«Los fieles laicos tienen un puesto original e irremplazable: por medio de ellos la Iglesia de Cristo está presente en los más variados sectores del mundo, como signo y fuente de esperanza y de amor».

Siguiendo las enseñanzas de Cristo podemos guiar a nuestros alumnos a la aplicación de la Doctrina Católica en su vida concreta, ayudándoles a crecer en su relación con Dios y a vivir como sus auténticos discípulos.

Al hacer de este desafío una realidad, estamos cumpliendo la misión de educadores católicos que a nosotros fue confiada por Dios. Recordemos siempre que somos portadores de una misión sagrada: guiar a nuestros estudiantes hacia una auténtica vivencia de la fe católica en el mundo actual.

Recordando la frase bíblica anteriormente mencionada: «Quien a vosotros escucha, a mí me escucha» (Lc 10,16), podemos invertirla y preguntarnos: ¿Al escucharnos, nuestros alumnos escuchan a Jesucristo?

Esta es la convocatoria de este IX Congreso internacional de educadores católicos: nosotros somos al mismo tiempo el sembrador y la

tierra que recibe la semilla. Con la alegoría de la semilla¹, el Señor enseñaba que la palabra de Dios es una, pero las respuestas de los hombres son diversas.

Si recibimos la semilla como el terreno pedregoso o el lleno de espinas, estas semillas morirán en nosotros, pero si la recibimos como la tierra buena, ellas brotarán primero en nuestra vida y testimonio personal, produciendo cosecha, ciento por uno, para que podamos, a partir de ahí, sembrar con eficacia en los corazones de nuestros alumnos.

Nuestro ejemplo vivo es la Virgen María, la tierra fecunda elegida para la semilla de la humanidad del Verbo, que lo recibió con la integridad de la *esclava del Señor*, haciéndose el «primer tabernáculo» de la historia, siendo alabada en la Escritura como aquella que escuchó la Palabra de Dios, la creyó con toda fe y la puso en práctica en toda su vida.

Referencias

Diseño Curricular Nacional de Educación básica regular (2008).

<https://www.miraflores.gob.pe/Gestorw3b/files/pdf/5130-1284-33-124-1disenocurricularnacional.pdf> (pg 32).

Pinto (2008)

https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0370-41062008000700003

Ramos (2015)

https://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0211-57352015000300005

Sulmasy (2002)

<https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/12415130/>

Merchan & Duarte (2019)

<https://alejandria.poligran.edu.co/bitstream/handle/10823/1428/NEURODESARROLLO%20Y%20SUS%20PERIODOS%20SENSIBLES.pdf>

Bandura (1977) Teoría del aprendizaje social

<https://www.ceupe.cl/blog/la-teoria-del-aprendizaje-social-de-albert-bandura.html>

Bandura, A. (2002). “Selective Moral Disengagement in the Exercise of Moral Agency”.

<https://psycnet.apa.org/record/2003-02995-001>

Howard Gardner

<https://www.universia.net/es/actualidad/vida-universitaria/ser-profesional-exitoso-primero-debes-ser-buena-persona-1155470.html>

¹ Cf. Mt 13,3-9 y 18-23; Mc 4,3-20; Lc 8,5-8 y 11-15.